

Presencia de Pío Baroja en la vida de Don Antonio Rodríguez-Moñino

RAFAEL RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO

Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Córdoba. Doctor en Humanidades

Sólo se conserva una carta entre Rodríguez-Moñino y el sobrino de don Pío Baroja, Julio Caro Baroja¹, si bien es cierto que entre los dos hubo una relación humana cordial y, desde luego, admiración y respeto. Por ello, y con motivo de un gran homenaje que en 1967 se organizaba al hispanista Marcel Bataillon, Moñino, al indicar a Ramón Carande los nombre de algunos de los intelectuales que en él podrían colaborar, señala, como se observa en otro lugar de nuestra biografía de Moñino, a Jorge Guillén, a García Villoslada y a Caro, «persona con categoría intelectual más que suficiente para figurar por derecho propio» en el mismo. Además, Caro Baroja participaría en algunos de los homenajes que le fueron rendidos a Moñino, antes y después de fallecer éste, como ocurrió con el dedicado por la *Revista de Estudios Extremeños*, en 1970; Caro colaboró en esta ocasión con el trabajo titulado: «Antonio Rodríguez-Moñino y el Folklore». Hay que indicar que la admiración de don Antonio por Pío Baroja fue ilimitada; en él veía la personalidad fuerte, concreta y asombrosa de un excepcional novelista. De ahí que a su persona se acercara en numerosas ocasiones en los últimos años que vivió don Pío; a casa de éste, en la calle madrileña de Ruiz de Alarcón, 12. Manuel Pilares, en 13 de septiembre de 1972, año en que publica Julio Caro «Los Barojas», en el diario *ABC*, manifestó el asombro de don Pío ante el primer número de *Revista Española*, «al comprobar que sin nadie ponerse de acuerdo la temática respondía a una cotidiana realidad que los colaboradores (de la revista) entablan desde los mismos títulos de sus trabajos y que se repitió hasta el último número». Alabanza de don Pío, pues, hacia la labor de Moñino en favor de aquella juventud de los inicios de los años cincuenta que, en su mayoría, debido a diversas circunstancias, andaba sin rumbo fijo literario y, en cierto modo, temerosa de ofrecer sus ideas que no encajaban, en modo alguno, dentro de los senderos y

¹ Esta carta forma parte del Legado Rodríguez-Moñino/Brey, de la Real Academia de la Lengua.

las directrices oficiales del momento. Caro Baroja, antes y después de fallecer su tío, también mostró clara amistad, respeto y admiración hacia don Antonio; así lo vemos en las numerosas dedicatorias a éste, plasmadas en varias de sus publicaciones, como en larga lista recogió doña María Brey en su momento. He aquí parte de lo incluido en esta lista: En 1959, en *Mapa de Navarra*, aparecen manuscritas de la mano de Caro estas líneas: «Con un cordial saludo de J. C. B.»; en *LA CIUDAD Y EL CAMPO, O UNA DISCUSIÓN SOBRE VIEJOS LUGARES COMUNES*, dice Caro en la dedicatoria: «A mi querido amigo Moñino». O en *DESTINO DEL JUDÍO HISPÁNICO*: «Homenaje cordial de J. C. Baroja. O en *LOS DIABLOS DE ALMONACID DEL MARQUESADO*: «A Rodríguez-Moñino, gran erudito y amigo, con la admiración de J. C. B. «Y, en fin, en «*DON RESURRECCIÓN MARÍA DE AZKUE, LEXICÓGRAFO, FOLKLORISTA Y PRAGMÁTICO*: «Con el mayor afecto. J. C. B. «La fecha del último libro citado es 1966; la del primero, como ya quedó dicho, 1959. Sin embargo, esta cordialidad y esta amistad se remontan a bastantes años atrás, y así se refleja en una carta que escribe Caro a Moñino, recomendándole, en 1950, a doña María Martos, esposa de Ricardo Baeza, «que fue embajador durante la República y hoy se halla fuera de España». Era la familia Martos gran amiga de los Baroja, poseedora de «una hermosa biblioteca», de la que quisiera desprenderse en parte. Y dice Caro: «Yo no sé si V. como miembro de la Fundación Lázaro Galdeano (sic) podría ayudarle en esto, pero de lo que estoy seguro es de que su orientación general le será muy provechosa». No hay respuesta de Moñino a esta carta, pero sí de Camón Aznar, quien en la suya contesta a la señora Martos en los términos siguientes: «Quiero advertirle a V. que, ausente el bibliotecario (lo era entonces Moñino de la Fundación) y en periodo de reorganización esta sección, no me es posible transmitirle impresión alguna sobre este asunto pero he de adelantarle que los únicos libros que interesan a esta institución son los de Arte». Galana y respetuosa contestación.

Pues bien, en 1872, Julio Caro Baroja, como más arriba queda dicho, publica su libro *Los Barojas*; libro que provocó en muchos amigos y conocidos de don Pío amplia polémica por las inexactitudes que contenía, por las caprichosas consideraciones y juicios sobre un determinado número de personas que trataron a don Pío, y por su frialdad ante la «amarga crónica española que protagonizó una familia singular», como dijo Fernández Braso, en el diario *Pueblo*². De tales

² Fernández Braso, Miguel: «Los Barojas». Diario *Pueblo*, 25 de julio de 1972. Y Castillo Puche, José Luis: «Algunas verdades sobre la muerte de Don Pío». Semanario *Destino*, 19 de agosto de 1972.

cúmulos de saetas desorientadas no se libró don Antonio, ante el asombro y el estupor de su familia y, sobre todo, de doña María Brey, quien en 2 de junio de ese año escribe a Caro una carta que envía a Madrid y a Vera de Bidasoa, lugar donde se encuentra el solar de los Barojas. Asimismo, remite fotocopia de aquella al semanario *Triunfo*, que la publica en 24 de junio. Por su interés, y sin que ello signifique crítica adversa alguna hacia la labor excepcional histórica de Caro Baroja, he aquí su reproducción íntegra: «Madrid, 2 de junio de 1972. / Excmo. Sr. don Julio Caro Baroja. Madrid y Vera de Bidasoa. / Muy señor mío: / Con asombro y pena leo en *Triunfo* (número del 3 de junio de 1972) en su relato de las horas inmediatas a la muerte de don Pío Baroja, las palabras referentes a mi marido, de quien yo creía a usted buen amigo: / «Al día siguiente, por la mañana, volví a casa. Lo primero que encontré fue una carta del erudito Rodríguez-Moñino, en la que protestaba airadamente de que no se le hubiera dejado subir, junto con otros hombres de letras, a velar al tío. Luego le contesté diciéndole que la ocasión no era para cultivar la anécdota literaria y que yo tenía motivos para hacer lo que fuera en la más estricta intimidad; que, además, había tenido muchos años para haber venido a visitar al tío en su vejez, sin necesidad de estar en el velatorio, al que no habían asistido gran parte de sus contertulios asiduos». / Tal vez tuviera usted «motivos para hacer lo que fuera en la intimidad»; pero no tuvo ni tiene derecho a convertir, sin reparo, en capricho por «cultivar la anécdota literaria» lo que era un emocionado y humanísimo homenaje: el deseo de recordar la mutua amistad ante los restos de don Pío. Antonio-usted tiene por que saberlo bien-no era partidario, ni menos ejercitante, de esa clase de «cultivos». / El final del párrafo, (a partir del tercer «que»), es confuso para mí. No sé si quiere decir que, en la vejez de don Pío, Antonio cesó en sus visitas, o que Antonio debía conformarse con las ya hechas, sin hacer una postrera. Por si se trata de lo primero, usted, yo y algunos más sabemos que Antonio no dejó de acudir a su casa: en ella conocí yo a don Pío, en la última época de su vida, una vez que fui con Antonio y Pérez Ferrero. Allí conocí también al doctor Val y Vera, y a usted: por lo menos aquel día no se había «escabullido» de las visitas. / «El erudito Rodríguez-Moñino»-la erudición era la menor entre sus bellas cualidades-fue amigo de don Pío durante muchos años, hasta que la enfermedad interrumpió aquellas conversaciones que tanto complacían a Antonio... y a don Pío. Fueron contertulios ya en *El Libro Barato*, la librería de la calle de San Bernardo. Allí apareció un día don Pío con el original de *El laberinto de las Sirenas* y se lo regaló a Antonio con la modestia de los grandes: «Tenga. A lo mejor le gusta conservar esto». Antonio le llevó al otro día una gran hoja de papel japonés para que escribiera la dedicatoria. Mi marido estaba contentísimo. / Entre otros recuerdos de don Pío, conservaba Antonio una fotografía suya, respaldada por una nota a lápiz escrita por el propio Antonio,

que dice: «En El Libro Barato de la calle de San Bernardo (Madrid. Primera foto de Baroja después de la guerra». Bajo la figura de don Pío, hay este autógrafo suyo: «Pío Baroja-Madrid-1941». Tenía usted catorce añitos. / En un sobre guardó Antonio una pequeña cartulina con la firma autógrafa: Pío Baroja-junio-1941". Al dorso, a lápiz, escribió mi marido: «Autógrafo de Baroja, escrito en El Libro Barato de la calle de San Bernardo, donde teníamos la tertulia, para publicarlo en LOS IMPOSTORES LEGALES. Con mi pluma y mi tinta lo repasó». Y en el sobre: «Esto lo escribió Pío Baroja con su pluma, pero como la tinta era muy clara y no podía reproducirse, lo volvió a trazar encima con mi pluma y tinta. Con una lente muy potente se aprecian perfectamente los dos trazados y la seguridad de pulso de don Pío». / Estas cosas quizás las califique usted de «anécdotas literarias»; para mí, son muestras de cariño, respeto y admiración. / Usted colaboró en el libro homenaje que Extremadura dedicó a Antonio en 1968; ese mismo año, con motivo del II Congreso de Estudios Extremeños, coincidimos usted y nosotros en Badajoz y recuerdo las amistosas charlas que sostuvimos los tres. Me parece mentira que, después de muerto Antonio, lance usted esas secas, desabridas e ingratas frases refiriéndose a él, de cuyo afecto, de cuya hombría de bien, sólo recibieron usted y don Pío la más noble amistad. / De esta carta, que quisiera no haber tenido que escribir, envío copia al director de la revista «Triunfo». A usted se la mando por duplicado, a Madrid y a Vera. Atentamente. María Brey de Rodríguez-Moñino».

Tras la transcripción completa de esta carta, y por innecesaria ya, omitimos cualquier observación nuestra al respecto. Una vez publicada aquélla en Triunfo, Miguel Fernández Braso, en el diario *Pueblo* (25 de julio), y al comentar el libro LOS BAROJAS, manifiesta lo siguiente: «El cierto ataque a Rodríguez -Moñino es gratuito y pienso que injusto para aquel gran español siempre situado en la sabia penumbra y, desde luego, un bibliófilo bastante barojiano en muchos aspectos». Inmediatamente después de ser publicado este artículo envía doña María una tarjeta a Braso en que agradece «el noble párrafo que dedicó usted a mi marido en *Pueblo*, el día 25". Y dice también, con justicia: «Una cosa es censurar sin contemplaciones lo censurable y otra injuriar aquello que sólo merece respeto y admiración». Igualmente, Fernández Braso se lamentaba en su artículo del trato que en LOS BAROJAS recibían Hemingway y Castillo Puche; éste, abierta y lealmente, hubo de poner los puntos sobre las «ies» en un espléndido artículo, publicado en 19 de agosto ese año.

Conservamos una fotografía de 1968 (dos años antes de fallecer Moñino y cuatro de ser publicado LOS BAROJAS) en que don Antonio aparece junto a Julio Caro y el pintor extremeño Godofredo Ortega Muñoz, a quien don Antonio admiraba muy de veras.